



A. J. KAZINSKI
THOMAS RYDAHL

MUERTE DE UNA SIRENA

Copenhague, 1834. Hans Christian Andersen
debe resolver un crimen... o pagar por él.

Detrás de cada cuento acecha una pesadilla.

Un thriller histórico único que ofrece una versión inesperada del origen de *La sirenita*, con Hans Christian Andersen como investigador involuntario.

El cuerpo mutilado de una prostituta aparece en los canales de Copenhague. Es una joven bellísima, de piel pálida y cabellos que le caen hasta los hombros y brillan llenos de conchas. La hermana de la víctima no duda en señalar al asesino: Hans Christian Andersen, un prometedor y peculiar escritor a quien vio salir de su habitación la noche anterior. Aunque él defiende su inocencia, la policía lo detiene y solo gracias a sus conexiones logra ser liberado temporalmente. En una ciudad devastada por la pobreza, las tensiones sociales y la corrupción, Andersen debe emprender su propia investigación contrarreloj. Tiene tres días para entregar a las autoridades al verdadero asesino o su futuro quedará destruido para siempre...

Cada día, Hans Christian Andersen escribió alguna entrada en su diario durante toda su vida adulta, de 1825 a 1875.

Tan solo falta un año y medio.

Cuando, pobre de solemnidad, regresó de Italia en el verano de 1834 de pronto dejó de registrar anotaciones en el diario.

Nadie sabe por qué.

PARTE I

X

13 - 18 de septiembre de 1834

1

No es normal. Lo normal es un hombre que le arranque las ropas. Lo normal es un hombre que la zarandee. Lo normal es un hombre que se abra la bragueta y le enseñe sus negruras esperando que esa visión la asombre. Lo normal es un hombre tan cansado, tan borracho y tan cachondo que ni siquiera la mire, no sepa que se llama Anna, ni que tiene una hija de seis años, la pequeña Marie, a la que está cuidando su tía en una habitación cercana. Lo normal es un hombre que solo piense en ella como una blanda raja.

Pero este cliente no es normal.

Nunca se ha quitado la ropa, ni la ha empujado, ni le ha mostrado nada en sus pantalones. No es rico, pero tampoco pobre, quizá sea estudiante, una especie de poeta, según tiene entendido, aunque él no habla mucho. Solo conoce su apellido: Andersen. Incluso a estas horas de la noche va anormalmente arreglado y perfumado. Desde la última vez, se ha dejado crecer el bigote, lo que le da una apariencia más masculina, piensa Anna, pero no se atreve a decir nada. Estará cerca de los treinta, quizá un poco más, es difícil saberlo. Se ha sentado en el banco junto a la pared y está sacando sus tijeras y papeles de colores. No busca más que eso: observarla y hacer unas siluetas que se le parezcan. De vez en cuando levanta la vista con sus grandes ojos, rápidamente, avergonzado, tras lo cual su mirada regresa a las tijeras y el papel de colores.

Está absorto en el movimiento de las tijeras, los retales que caen del papel mientras va cortando. El instrumento se retuerce y hace incisiones en el papel de un modo asombroso; Anna nunca ha visto a nadie recortar así, ni siquiera a su tío, que era sastre. Le sorprende la manera en que es capaz de extraer lo bello y hacer desaparecer el resto. Queda una versión fina de Anna, con el pelo suelto y formas antinaturales, sin ningún rastro de lo desagradable que los muchos clientes han ido dejando en sus ojos, el hueco que ocupaba su incisivo y las arruguitas de preocupación en la frente, preocupación por la pequeña Marie, por cómo le irá, si Anna será capaz de darle una vida mejor que la que ella ha tenido.

También Andersen le pide cosas extrañas. ¿Podría, por favor, estirar los brazos y manos hacia el techo? ¿Podría, por favor, subir la pierna como las bailarinas del teatro? Y ella lo hace. O al menos lo intenta. Por el dinero que suele darle, haría prácticamente cualquier cosa. De todos modos, no desea que deje caer las enaguas, nunca quiere verle el sexo, solo los pechos, las formas. Ella le ha preguntado si se quita la última y definitiva prenda. Pero no, absolutamente no. La hermana pequeña de Anna, Molly, piensa que no es natural. No te puedes fiar de un hombre que no bebe y que no se acuesta con mujeres, dice Molly. Por otra parte, puedes confiar en que un hombre que bebe y se acuesta con mujeres tarde o temprano te hará daño. Así son los hombres.

Anna se estira, yergue los pechos hacia él, ambas manos en el fino talle. Él levanta la vista, una mirada en los blancos senos de Anna, que cuelgan sin obstáculos y se balancean ligeramente.

En la calle suena el canto del sereno. «Las nueve en punto y sin novedad». Siempre el mismo sereno, cada uno tiene que controlar su zona de la ciudad, y las callejuelas exigen un vigilante firme, que pueda intervenir en las pe-

leas, controlar a marineros borrachos, conducir ante el juez a los raterillos, poner orden en el caos.

–Ay –exclama Andersen retirando el dedo; la sangre gotea en el suelo.

–Déjeme ayudarlo –dice ella e intenta acercarse.

Él parece asustado y chupa la sangre del dedo.

–No, no –contesta.

–Pero está usted sangrando.

–Me tengo que ir, es muy tarde, demasiado tarde –dice el hombre, infeliz como un niño.

–¿A casa con su familia? –pregunta ella, mientras se apresura a vestirse imaginando al hombre alto y delgado junto a una esposa pálida y hermosa con un niño en cada pecho.

Él no responde, sino que se levanta y pone sus recortes en un cartapacio de cuero negro. Sus rizos casi tocan el techo; de tan alto como es se parece..., sí, eso es, se parece casi a uno de esos monos de brazos largos que Anna ha visto en el parque de atracciones.

–Por sus molestias –dice él poniendo en su mano una cálida moneda junto con una gota de sangre–. Y por su discreción –agrega.

Ella asiente, pero le parece que debería hacer una reverencia.

–¿Puedo verlo? –pregunta Anna y se sorprende a sí misma. No suele pedir nada a los clientes.

Andersen también está sorprendido, asustado.

–¿Verlo?

–A mí –dice ella señalando con la cabeza en dirección a la carpeta de cuero, que él aprieta con sus largos dedos como las garras sobre una presa.

–La próxima vez, la próxima. No estoy contento, todavía no –responde Andersen–. Pero no fue culpa suya, de ningún modo, sino mía.

Abre la puerta y mira hacia el pasillo. Como a la mayoría de sus clientes, no le apetece mucho encontrarse con

los otros hombres que pasan por allí. Luego se despide rápidamente, no tiene un sombrero alto para la cabeza como los caballeros elegantes, solo una blanda gorra de seda negra, que probablemente sea una talla demasiado pequeña y con seguridad esté comprada en el extranjero, tal vez en Francia. Anna recuerda vagamente a un cliente francés (deben de haber pasado ya varios años desde entonces) que usaba el mismo tipo de tocado y que, por cierto, pagaba con billetes franceses obsoletos.

Andersen llega al marco de la puerta y desaparece. Suenan las botas contra el piso de madera hasta que se marcha.

Anna está contenta, el flaco poeta era el último cliente del día. Ya puede ir con Molly. Y la pequeña Marie, que con suerte estará ya dormida.

Se vuelve a poner el vestido y recoge los papeles. Están dispersos como grandes copos de nieve; aquí reconoce un pecho, allí una pierna. Varias veces durante el proceso, Andersen se ha mostrado descontento y ha comenzado de nuevo. Anna guarda el dinero en el monedero y piensa en la sopa con berza y trozos de cerdo salado que sirven en la esquina por seis chelines.

Llaman a la puerta. Un sonido al que ella nunca se acostumbra, el sonido de un nuevo cliente, nuevas repugnancias, hombres que quieren excavar con los dedos en sus aberturas, lavarse con su orina, azotarla con cinturones. Por lo general, los clientes suelen decir su nombre, pero fuera solo hay silencio. Tal vez sea el poeta que ha regresado, tal vez se ha olvidado de algo.

—¿Es usted, señor Andersen?

No hay respuesta. En su lugar llaman de nuevo, el ritmo de lo impredecible. Pone el oído en la puerta y oye a alguien fuera. Podría no abrir, podría decir que por hoy está cerrado. Pero el dinero..., necesitan dinero para la posada. Anna y Molly quieren comprar la Cueva de Judas situada a una hora a pie de la Puerta del Oeste. No es la po-

sada más hermosa del país, pero los jinetes paran a menudo allí y tiene buena reputación porque el anterior propietario nunca decía que no a quien allí quisiera alojarse; ya fuera el mismo Judas, aquel que traicionó al hijo del Señor, siempre había un catre de paja y una jarra de cerveza para quien tuviera una moneda en la bolsa. Además, es la única posada que pueden comprar Anna y Molly, las mujeres no pueden ser propietarias en realidad, pero el dueño está de acuerdo en inscribir en el contrato al difunto padre de ambas. Ya han hecho un adelanto de cien táleros, que les ha llevado medio año ahorrar, recibiendo a cualquiera que llamase a la puerta... Con pocas excepciones.

No le queda más remedio que abrir.

Al resplandor de la lámpara de aceite, Anna ve a una mujer joven, bien vestida, un elegante pañuelo cubriendo un cabello rubio. No es de las que suelen entrar en el edificio. Desde luego que no. Quizá se haya perdido. Tal vez esté buscando a su marido. ¿Podría ser la mujer del señor Andersen que lo ha seguido, si realmente tiene mujer?

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta Anna.

—¿Me permite, señorita Hansen? —dice la mujer en voz baja y señalando la habitación de Anna.

Es guapa, como una dama de París. Anna prefiere no hablar en el pasillo, donde cualquiera podría oír lo que dicen. Hay un par de rameras, especialmente Sofie, o Mammadafie, como la llaman los soldados, con tan pocos clientes que no tienen otra cosa que hacer más que escuchar. Anna abre la puerta completamente y se hace a un lado.

La mujer se cuela rápidamente. Echa un vistazo a la cámara, se acerca a la ventana y corre las cortinas, aunque ya estaban cerradas. A esas cosas Anna ya está acostumbrada, al nerviosismo de los clientes, al miedo de ser vistos en casa de una ramera.

—¿Busca compañía? Por desgracia solo dispongo de un cuarto de hora. —Anna se yergue delante de la puerta. Re-

cibe clientas un par de veces al año. No tiene nada en contra. Huelen mejor que los hombres y son menos tacañas. Pero aun así se avergüenzan, por mucho que solo quieran ser abrazadas, acariciadas con mimo, tal vez que les hagan cosquillas, mientras que los hombres no suelen ser vergonzosos y sí muy ruidosos y brutales, como el ganado nervioso antes del sacrificio.

La mujer se mantiene a la sombra de la vela.

–Permítame ver sus senos –susurra.

Anna no es tonta.

–Son ocho chelines.

–Le daré cinco táleros –contesta la mujer, nuevamente con un susurro.

Cinco táleros. Es una fortuna. Con eso estarían ya cerca del siguiente pago de la posada.

–No quiero que me destroce la ropa –dice Anna recordando la última vez que un cliente se creyó que podía hacer lo que quisiera.

–En ese sentido no tiene de qué preocuparse.

Anna se suelta el corsé y se baja los tirantes del vestido por los hombros para que los pechos queden libres. La mujer mira a Anna. La mide, su cintura y especialmente el pecho, como un carnicero valora las ubres de la novilla en el mercado de ganado.

–Acompáñeme al coche que tengo esperando en la esquina.

–No es posible. Lo siento, señora. Es...

La mujer la interrumpe poniéndole un meñique en los labios.

–Le daré el dinero abajo.

–Me están esperando. –Anna no suele contar esas cosas. Pero una mujer debería comprenderla, comprender su situación.

–Le pagaré más si viene conmigo –dice la mujer mostrándole a Anna un auténtico billete. Nunca le han pagado con un billete, excepto aquel francés—. Será suyo si me

acompaña –susurra la mujer; una voz en la oreja, muy cercana y cálida. A Anna le gustaría dejarse tentar, necesitan el dinero. Mira en dirección a la habitación de su hermana, donde duerme la pequeña Marie mientras Molly vela por ella. Anna y Molly se han hecho una promesa, inquebrantable: nunca saldrán a la calle con un cliente. Nunca, de ningún modo. A las rameras les ocurren cosas terribles en las calles de la capital, y ni a los serenos ni a la policía les importa. Asesinar a una puta callejera sale gratis. Allí, en la casa, las mujeres se cuidan entre ellas. Se acude a un grito de ayuda.

–Lo siento –susurra Anna–. No puedo. No debo.

La mujer aparta la mirada, está irritada.

–Entonces continúe –dice mirando el busto de Anna.

Anna se abre el corsé y deja caer las enaguas. Se sienta en la cama como le gusta a la mayoría de los hombres. Con las piernas algo abiertas y apretando ligeramente los senos con los brazos, para que los pechos se junten como dos borrachos de regreso a casa.

La mujer se sienta y acaricia con el dorso de la mano el pecho izquierdo de Anna.

–¿Qué edad tienen sus senos?

Al principio Anna está confusa. ¿Los pechos tienen una edad diferente a la del cuerpo en el que están? Es cierto que crecen más tarde, llevan algo de retraso respecto al cuerpo, se podría decir. ¿Será algo así lo que quiere decir la señora?

–Tengo veintiocho años –responde Anna, renunciando a quitarse doce años y medio de vida para dar un resultado más exacto de la edad de sus senos.

La mujer se quita el pañuelo, se atusa el cabello y busca algo en su bolso.

–¿Está usted interesada en los perfumes? ¿Le agrada el mío?

La mujer le acerca el pañuelo a Anna y señala. No como un «por favor», sino más bien como un «hágalo». Hue-

le poco, muy poco, dulce y amargo a la vez, como miel mezclada con algo desagradable, quizá aceite de ballena.

–Un olor extraño –dice Anna.

–Lo llamo aliento de ángel. Procede de los salvajes negros de las Indias Occidentales.

Anna mete la nariz en la tela.

–No soy capaz de...

La mujer coloca la mano en la nuca de Anna y aprieta el pañuelo contra su nariz. ¿Por qué es tan importante ese perfume? Anna busca el aire y siente un grupo de hormigas dirigiéndose a sus pulmones. O algo parecido. Tiene que avisar a Molly o a las demás, a cualquiera, pero resulta que ya no es capaz de controlar su cuerpo o su voz.

El rostro de la mujer desaparece como la mecha bajo el fuego.

2

–¿Mamá está ya en casa? –pregunta la pequeña Marie, medio en sueños.

La llaman pequeña Marie porque es pequeña. Pequeña para su edad como consecuencia de la escasa comida y de un padre enclenque que ya no forma parte de la vida de Anna y de su hija. Y también porque en el burdel hay otra Marie más mayor, una tipa desagradable llamada Marie la rancia.

–Ahora viene –responde Molly escuchando al sereno. Deben de ser en torno a las diez. Anna ya debería haber acabado, hace mucho tiempo. Ha empezado a recibir a más clientes después de haber comenzado a pagar la Cueva de Judas. Molly también debería aceptar más clientes, por mucho que Anna insista en decir que no hace falta que lo haga. Anna afirma que Molly sufre más desgaste que ella. Las hermanas mayores pueden resistir mejor que las menores, dice. Molly sabe bien que Anna miente. Para empezar Anna tiene que mantener a la pequeña Marie. Molly también debería contribuir. Mañana. Mañana dejará pasar a uno o dos hombres más en la habitación y cerrará su alma donde no puedan alcanzarla. De lo contrario, ella, Anna y la pequeña Marie no saldrán nunca, no saldrán de ese burdel con el establo en el segundo piso, no saldrán de ese olor a mierda, miseria y vómito.

–¿Tía?

Molly mira a la pequeña, que se ha medio incorporado.

–¿Qué? –le pregunta.

–Pero tienes que responderme la verdad –dice la pequeña Marie con esa mirada que Molly no puede resistir.

–La verdad, lo prometo. Y la verdad es que tienes que dormir.

La pequeña Marie prepara la pregunta, que le lleva tiempo; Molly ve que la cabecita lucha por encontrar las palabras adecuadas. Molly entretiene la espera con su propio cabello, enmarañado e imposible, su mejor carta cuando se trata de hombres, pero aun así enmarañado e imposible. Se hace un moño en la nuca y lo sujeta con una larga aguja. Se la ha regalado Anna, a quien se la dio un marinero chino con problemas allá abajo. Anna no quería que le pagase ya que el chino no había podido, y en su lugar el chino le regaló la espadilla, larga y plana, pero más fina que un cuchillo de carnicero, y roja y negra como los uniformes de los soldados. Anna dijo que la aguja podría un día salvarle la vida a Molly. Una ramera está desnuda y no tiene nada con lo que defenderse, pero de ese modo Molly siempre tendrá una sorpresa escondida en el pelo. Es su sable de ramera, como lo llama Anna.

–Venga, amiguita –dice Molly–. Tienes que dormir.

–¿Y vas a responderme la verdad? –La pequeña Marie la mira con escepticismo.

–Sí, la verdad. Pero rapidito.

–¿Existen las princesas? ¿Pero reales?

Molly sonrío, se sienta en el borde de la cama, el heno se le mete por el trasero. Le retira a Marie el pelo de la frente, intentando que los rubísimos rizos se queden detrás de las orejitas. Lamenta que Marie nunca haya visto realmente la ciudad. Siempre la tienen en la habitación o en el patio; en los últimos dos o tres años, el rey ha perseguido con dureza a los hijos de las rameras. En los meses pasados se llevaron a los dos chicos de Karen; Molly re-

cuerda cómo gritaba su compañera y se lanzaba a por el alguacil y los soldados del rey, quería que le devolviesen a sus niños. Los han mandado fuera de la ciudad, algunos dicen que a familias en el campo, que usan a este tipo de críos como sirvientes.

–Sí, Marie, existen las princesas. Y ahora a dormir.

–¿Las has visto?

–Las he visto –responde Molly. Y no es mentira. Ha llegado a ver pasar por las calles una de las carrozas doradas de palacio y tras los cortinajes blancos un rostro, un par de ojos que miraban a Molly con extrañeza. ¿De verdad se puede vivir tan miserablemente?, es lo que decían los ojos de la princesa. No, querría haber respondido Molly. No se puede. Pero eso es lo que ocurre cuando uno es pobre y se enamora de la persona equivocada. Es peligroso querer. Molly lo sabe. Le gustaría susurrárselo a Marie, para que ella también lo sepa. Para que se proteja. Hay que tener cuidado con los hombres. Los hombres son peligrosos, lo más peligroso del mundo, te enamoras y te abandonan, igual que a Molly. Luego, lo único que puedes hacer es marcharte del pueblo. Nadie va a querer estar contigo, después de haber sido usada y descartada. Tras eso solo puedes ser interesante para marineros y soldados de paso, charlatanes y buscadores de fortuna con unos pocos chelines en el bolsillo, extraños degenerados con los dientes putrefactos y estudiantes con fantasías enfermizas. Como ese poeta al que Molly vio entrando en la habitación de Anna hace un rato. Andersen. Molly le ha dicho a Anna que debe tener cuidado con él. Este tipo de hombres son los más peligrosos. Molly recuerda un chaval en Cala de Odín. Comenzó maltratando animales: una vez se le ocurrió romperle las alas a un mirlo. Y un día lo detuvieron por golpear a una chica de la aldea vecina: la había llenado de cardenales, le había roto los brazos. Lo mismo pasará con este poeta. Por ahora se contenta con recortar papeles. Pero pronto, en un mes o en la próxima luna llena, necesi-